

El tesoro subterráneo

Mario Méndez

Ilustraciones de Alberto Pez



Para Gabriel, y los tantos chicos como él.
Y para Violeta, que sigue siendo un tesoro.



Prólogo a esta nueva edición

Hace un poco más de veinte años escribí esta historia, que me sigue gustando. Trabajaba en ese entonces en el Programa Puentes Escolares, con chicos y chicas en situación de calle, y por eso dediqué el libro a Gabriel, y otros tantos chicos como él, y además a Violeta, mi hija menor, que recién nacía.

Ya no trabajo en Puentes Escolares, un Programa que ofrece oportunidades escolares a chicos y chicas que habitan las calles, donde tuve muchas experiencias bellas y fuertes, duras. El Programa, donde trabajan muchos queridos amigos y amigas, sigue existiendo. Eso, tal vez, no sea una buena noticia: en dos décadas la situación de los chicos que viven en nuestras calles sigue siendo igual, o peor. Puentes Escolares sigue trabajando muy bien por esos chicos y chicas, pero el problema de fondo, lamentablemente, está muy lejos de ser solucionado. Ojalá esta novela, además de interesar a sus lectores, sirva para reflexionar al respecto.

El tesoro subterráneo fue publicado, por primera vez, en 2002, por SM, una editorial española que decidió abandonar nuestro país, y dejar muchos libros a la intemperie.



Amauta, hoy, le hace un lugar con la esperanza de que, a tantos años de aquella primera publicación, siga conquistando lectores.

Mario Méndez

1

Cuando llegué a Buenos Aires, a los once años, yo era un chico bastante inocente, pero no tan ingenuo como para no darme cuenta de algunas cosas importantes y, a veces, dolorosas. Con mis padres vivíamos en un hotelito de la Avenida Lacroze, a una cuadra de la Estación Chacarita. Mi viejo trabajaba a porcentaje en la peluquería de don Nicola, un italiano bastante simpático pero muy amarrrete, y soñaba, pobre papá, con ahorrar unos pesos para poder alquilar un local con vivienda, donde él pudiera ser su propio patrón y nosotros (mi madre y yo) no tuviéramos que compartir el baño y la cocina con los otros pasajeros del hotelito. Hasta el nombre de la peluquería tenía pensado mi padre: “Leandro” se iba a llamar, como me llamo yo. Pero la verdad era que, con lo poco que ganaba en la peluquería del italiano y lo caro que era el hotel, iba a ser muy difícil que mi papá pudiera cumplir con su sueño. Y para colmo mi madre no conseguía trabajo, y como ninguno de los dos quería que yo trabajara (“vos preocupate por estudiar y sacar buenas notas, lo demás no es cosa de chicos”, me decían siempre), la plata alcanzaba apenas para comer todos los días. Así es que el sueño de mi padre,

por más pequeño que fuera, cada vez se parecía más a un sueño imposible, una quimera.


Yo comprendía que mis padres sufrían, que se lamentaban porque suponían que a mí me iba a costar muchísimo salir adelante y porque –también me daba cuenta de eso–, casi ni privacidad tenían. Mi cama estaba cruzada a los pies de la de ellos y cuando querían quedarse a solas tenían que aprovechar los lunes, feriado de los peluqueros, para mandarme a pasear por ahí.

Los lunes, apenas volvía del colegio, luego de comer con mis padres en la pieza (o en el patio del hotel, si el día estaba lindo) yo me iba sin esperar a que me lo sugirieran. Salía por la avenida, me paraba en la puerta de la parrilla de los taxistas y desde allí comenzaba lo que, gracias a Fernando, terminé llamando la búsqueda de los tesoros. Pero creo que, antes de hablar de la búsqueda, sería bueno que me detenga a contar algo de mis dos amigos y compañeros de aventuras: Gabriel y Fernando, personajes fundamentales de mi historia.

2

La noche de nuestra llegada a Buenos Aires comimos en una parrilla que quedaba a media cuadra del hotelito donde finalmente nos instalamos. No tenía nombre, pero todos la conocían como la parrilla de los taxistas. La dirección del hotel y la recomendación para comer en ese lugar nos la había dado un tío joven, hermano de mi mamá, que jugaba muy bien al fútbol y había venido a probarse a Atlanta, pero que al poco tiempo se lesionó una rodilla y se tuvo que volver a Formosa con más pena que gloria. Así es que, ni bien llegamos, dejamos las valijas en la pieza y nos fuimos a cenar. Y en esa primera noche conocí a Fernando.

Recuerdo que mis papás estaban cansadísimos, porque el viaje había sido muy largo y difícil y nos había costado mucho encontrar el hotel, así que apenas hablaban. Yo, en cambio, estaba deslumbrado por la mudanza y no podía parar de hablar y de moverme, cosa que de inmediato captó el parrillero, un muchacho que también era provinciano y que en cuanto terminé mi plato, mientras mis padres tomaban un café y conversaban en voz baja, me invitó con un gesto a que me fuera a sentar a la barra, a



charlar con él. Se llamaba José, era simpático y conversador, y como me prestaba toda la atención que mis padres esa noche no podían darme, pude contarle de mi pueblo natal, que él no conocía ni de nombre, de mis amigos de allá y hasta de una casi novia que tuve durante un tiempo y que prometió escribirme. José se sentía identificado conmigo. Él era de Salta, era movedizo como yo, los dos éramos morochos, flacos y hasta éramos del mismo cuadro: los dos hinchábamos por los bichitos colorados, él porque de Argentinos Juniors había salido Maradona y yo porque mi única camiseta de fútbol me la había regalado un tío abuelo que había vivido varios años en La Paternal y era socio del club. En lo que nos diferenciábamos mucho, aparte de la edad, era en los ojos. José era bizco, tan bizco que, cuando me miraba, a mí me parecía que estaba mirando hacia las mesas, y cuando hablaba con algún cliente yo le contestaba pensando que era a mí a quién se dirigía. De esta manera, casi de casualidad y por la extrañeza de las miradas del parrillero, fue como conocí a Fernando. El viejo entró mientras José y yo conversábamos y cuando lo vio le gritó el saludo habitual (“Y, qué tal, ¿todo bien?”, o algo por el estilo) que yo contesté pensando que era a mí a quien hablaba y miraba, lo que provocó de inmediato la carcajada del recién llegado y la disimulada vergüenza de José, que miró para cualquier otro lado indescifrable y se puso a repasar un vaso que ya estaba limpio. El viejo se acercó a la barra, le estiró la mano a José y se sentó a mí lado. En un primer momento, tengo que decirlo, a mí me dio un poco de miedo y un poquito, también, de rechazo. El viejo tenía muy sucias tanto la larga melena canosa como la enmarañada barba, y sus ropas (un sobre todo negro, una camisa que alguna vez había sido celeste



y ahora era gris oscuro y unos pantalones de rayas finas) hacía meses que no pasaban por el agua. Fernando era un ciruja que dormía en un ranchito cerca de los galpones de la estación, abría puertas de taxis, a veces vendía flores, juntaba cartones o hacía alguna changa de albañilería y comía casi siempre en la parrilla, cuando tenía las monedas suficientes, o el patrón no estaba y José podía fiarle la comida, que era casi como regalársela. Fernando, repito, era un croto, un linyera, un viejo bastante sucio, simpático y algo tomador, pero lo más importante es que Fernando, como después lo fuimos Gabriel y yo, era un buscador. Un hombre que tenía un sueño, que tenía una historia maravillosa a la que le había dedicado la vida entera. El viejo Fernando fue un amigo al que aprendí a querer tanto que si por mí hubiera sido lo habría invitado a vivir conmigo y le hubiese dado el título de abuelo.